

DESDE DENTRO

Puede que a muchas personas les haya pasado esto, no digo que sea bueno pero... a que nunca os habéis preguntado cómo lo siente un riñón.

Una linda mañana mi esposa se empezó a quejar de que le dolía la cabeza, yo la dije que no pasaba nada, que seguro que se le pasaba en cuestión de horas. Un rato más tarde se me ocurrió preguntarle a la vejiga: que si a ella alguna vez le había dolido la cabeza o algo así. Ella lo único que me dijo fue que lo más parecido que había visto era lo de apéndice y que le separaron del resto de su pobre hermano siamés; el intestino grueso. También comentó que a él le dolía la tripa y que se sentía muy lleno y un día el cerebro dio las órdenes de ir al hospital y nunca le volvimos a ver jamás.

Después de lo que me ha comentado vejiga estoy un poco asustado, yo no quiero por nada del mundo que ella se vaya al hospital con apéndice. Sí que es verdad que por lo menos no estará sola, le tendrá a él para hacerla compañía.

Al día siguiente, ella decía que se encontraba mejor, que ya no la dolía tanto. Yo no la creí, tampoco lo manifesté por si se ofendía pero yo tal como la veía estaba débil, y más pálida que nunca. Ese mismo día sobre la hora de comer el cerebro nos dijo a todo el organismo que Eva (la niña a la que sirvo) iba al hospital. Yo me quedé de piedra porque la historia del pobre apéndice comienza algo así. Cuando acabó la revisión de los médicos, el cerebro nos dijo que no tenía palabras para contarnos lo que sus amigos los oídos habían escuchado y ahí fue cuando me dio un bajón de ánimo enorme.

Lo que sucedió para mi reacción fue algo terrible. El cerebro me dijo que había enfermado gravemente y que cómo no la evacuaran de allí moriríamos todos. Eso no fue lo que más me preocupó aunque me profanó el corazón casi hasta el fondo. Tener que abandonar a mi esposa que ha estado toda mi vida a mi lado, apoyándome en lo que sea y de repente decirme esto, era cómo sufrir el peso de un coche encima mío. Por desgracia no solo dijo esto el cerebro, también me contó que iban a traer a otra nueva mujer para mí, otro riñón derecho nuevo. Esto ya sí que me partió el corazón. La idea de remplazarla por otra sería un suplicio grandísimo y algo fatal también para ella, ya que se sentiría sustituida por otra.

Al día siguiente tuvo lugar la operación y creo que fue un martirio para mí y para ella. La dije adiós, la besé, la abracé como que no había un mañana y sobre todo la dije que nunca la remplazaría, que ella sería siempre algo especial y único para mí.

Cuando todo acabó, me encontré llorando y a otro riñón detrás de mí. Ella era distinta y sobre todo agradable, intentó calmarme pero yo la dije que la sería imposible porque esa herida jamás se cerraría. Lo siguió intentando y por fin lo consiguió.

Me sentía mejor, mejor que antes, mucho mejor. No sabía cuánto tiempo había pasado creo que unos días pero aun así me seguía doliendo. Mi nueva "mujer" creo que estaba algo asustada e intentaba encajar entre el resto de órganos. Yo fui lo más amable que pude con ella y ella lo fue conmigo. Al final me acabé riendo con ella y por fin pasé página. Dejé atrás lo de mi antigua mujer. No lo he olvidado. Cuando pienso en ella también pienso en dónde ha podido acabar, sé que en un lugar al que yo también viajaré algún día para poder estar con ella y por eso sigo disfrutando de lo que me queda aquí.

Vega M.-Abascal de Gumerich